

RESEÑAS

Juan Antonio Rosado, *Bandidos, héroes y corruptos o nunca es bueno robar una miseria*, 2001, México, Ediciones Coyoacán, Colección Diálogo Abierto, 114 p.

Una relectura del siglo XIX

240

Uno de los grandes cuestionamientos de los críticos de arte en México ha sido el de si, en realidad, existe una manifestación artística alejada del folklore que pueda señalarse como netamente mexicana. Esta preocupación –que hoy puede parecernos obsoleta– constituyó uno de los ejes centrales de la labor político-literaria que emprendieron los liberales del siglo XIX mexicano, entre los cuales destacan Manuel Payno, Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Francisco Zarco, Ignacio Ramírez, así como Luis G. Inclán, quien no participó activamente en la política mexicana –como el resto– pero cuya afinidad con las ideas liberales se pone de manifiesto en su obra literaria. La dificultad que entraña el proyecto de encontrar una expresión nacional fue el reto de estos escritores iniciados en el periodismo y poseedores de una confianza –casi ciega– en el progreso, en la educación, en el sistema republicano y, sobre todo, en su país. La política, la labor periodística y la creación de novelas, poemas y cuentos, estaban muy vinculadas entre sí, ya que la literatura, como expresión escrita, debía cumplir con una función social. No era fácil disociar el periodismo del arte literario, aunque sí se podía establecer una distinción formal. Es por ello que muchos lectores con falta de perspectiva histórica no dudan en descalificar, menospreciar o segregar la literatura mexicana del XIX, sin la cual no hubiera sido posible el desarrollo del modernismo en nuestro país.

Contra esta visión canónica de la literatura, Juan Antonio Rosado, en su libro *Bandidos, héroes y corruptos o nunca es bueno robar una miseria*, revalora tres novelas cumbre de la literatura mexicana decimonónica: *Los Bandidos de Río frío*, de Manuel Payno, *El Zarco*, de Ignacio Manuel Altamirano y *Astucia*, de Luis G. Inclán, obras que no obstante la popularidad que

RESEÑAS

adquirieron en su época han sido calificadas en los últimos tiempos de ingenuas, descuidadas, excesivas y folletinescas, en el sentido más peyorativo de la palabra. Obviamente, quienes discriminan estas novelas se enfrentaron con una dificultad muy grande: la falta de perspectiva histórica que rebasa el cambiante ámbito estético. También parecen olvidar aquella definición que data del siglo XVI y que señala que el estilo es el hombre, que la expresión literaria implica una interpretación de la realidad, cuya dificultad se halla –como argumenta Rosado contra los que simplifican el arte a la mera forma– en el modo de impregnar en los sucesos narrados “una vitalidad, un espíritu, un sistema de valores e ideas para conformar una obra que, después de más de cien años, continúa suscitando el interés de muchos lectores”. Con argumentos de tipo estético-literarios e históricos, el autor de *Bandidos, héroes y corruptos* reactualiza la lectura de las novelas anteriormente mencionadas, al desentrañar sus diferencias y semejanzas poético-ideológicas, al analizar cuidadosamente su contenido crítico social, el cual es expresado mediante una estructura mítica.

Si bien el contenido social de *Los bandidos de Río frío* en apariencia se opone al de *Astucia*, en realidad ambos se hallan íntimamente relacionados, ya que el gobierno, en las dos novelas, avala y estimula la degradación del país, así como las miserias culturales y económicas, el temor, la venganza y el rencor social. Estas obras se desarrollan en un contexto de violencia, con un gobierno centralista que, lejos de controlar y ordenar la vida del país, la introduce en el caos, en la anarquía total. No obstante el desorden y la injusticia que en ambas obras se presenta, los artistas plasman una esperanza ordenadora, un ‘movimiento civilizador’ en el seno del bandidaje social tanto en el ámbito rural como en el urbano. ¿Acaso no resulta paradójico que los bandidos, los transgresores de la ley, sean los que traten de restituir el orden? En un país en el que reina la corrupción como única forma de ascender socialmente, de obtener una vida decorosa, no es de esperar que los justicieros acaten esas normas que sólo funcionan como escudo para los que poseen el poder político y económico a costa de los demás. El gobierno dibujado por Payno y por Inclán se caracteriza por su participación en el bandidaje anti-social y personalista, por su doble moral, equiparable a la de la Iglesia que condena los actos pecaminosos en los que ella misma incurre. Finalmente lo de mayor importancia en la vida política de nuestro país, e incluso en la vida cotidiana, es ‘madrugar’ para no dejar que nos ‘madruguen’, o bien sacar la pistola antes de que el otro la saque, como ocurre en *La sombra del*

RESEÑAS

caudillo. En este sentido, ¿qué diferencias podemos hallar entre los gobiernos de hoy y los del siglo XIX? La ‘transparencia’, la carencia de hipocresía para el robo, el cinismo, la falta de artificio, de ideologías y de héroes, de bandidos sociales como Astucia o Juan Robreño... porque la empresa de Relumbrón parece no haber acabado en la realidad. Y ¿a esta actualidad socio-política le han llamado ingenuidad? Si esto carece de profundidad, como afirma José Luis Martínez respecto a *Los bandidos...*, o si esto es sólo una fuente de diversión, como señala Enrique Anderson Imbert sobre la misma novela, nuestro entorno también debe ser superfluo y divertido con todos sus crímenes y sus conflictos.

Ahora bien, la profundidad y la riqueza semántica que las obras de Payno, Inclán y Altamirano encierran, no sólo radican –como nos lo hace ver Rosado– en las diversas correspondencias que se pueden entablar con la realidad, sino también en los símbolos, valores y conceptos que de civilización y barbarie son presentados por los personajes que encarnan en las novelas, con el fin de hacernos reflexionar, de hacer que viajemos en nuestro infierno y que tomemos una conciencia que produzca acciones positivas, no más demagogia. Afirma Rosado: “Ni Inclán ni Payno, ni Altamirano permanecerán en los meros acontecimientos ni en la mera mitificación o desmitificación de los distintos símbolos sociales, políticos o históricos, sino que, implícita o explícitamente, propondrán o expresarán una serie de ideas que van más allá del liberalismo político.” Se trataba, pues, de utilizar el lenguaje emotivo y cognoscitivo de la literatura –porque indudablemente las obras que estudia el crítico mexicano, son textos que conmueven, que seducen por medio de la palabra– para extender esos sueños de bienestar social expresados lingüística y artísticamente a un país en vías de progreso y de alcanzar una civilización, cuyos modelos no necesariamente debían buscarse en lo extranjero, sino en la conciliación de intereses y de culturas, tan cercanas como alejadas de lo ‘mexicano’.

A diferencia de *Los bandidos...* y de *Astucia*, en *El Zarco* no existe una estructura mítica del nacimiento del héroe ni del acontecer heroico, ya que la pretensión de Altamirano, en esta obra, no es la de transformar en mito la figura del bandido social, sino la de desmitificar a los plateados, bandidos que sufrieron un proceso de mitificación en la realidad. La figura del mexicano de raza autóctona, como en casi todas las novelas de Altamirano, cumple con una función simbólica de dimensiones morales, pues el escritor tlixteco pretende retomar los valores sociales que ya habían sido olvidados por la

RESEÑAS

ceguera del fanatismo ideológico. De modo que no resulta válido, como pretende Evodio Escalante, pensar en una pretensión legitimadora del poder juarista en *El Zarco*. Altamirano, como bien afirma Rosado, creía en las ideas, no en los hombres. La conciliación que buscaba el liberal de origen indígena se debía llevar a cabo en el ámbito ideológico. Su utopía, plasmada sobre todo en *La navidad en las montañas*, se halla en la estructuración de una república liberal con los valores positivos del campo, del cristianismo primitivo y de la libertad que produce la ética autónoma.

Más allá de los aspectos antes mencionados, Juan Antonio Rosado nos propone una lectura distinta de las tres obras, basada en la problemática de civilización y barbarie, tema tan polémico como recurrente en la literatura hispanoamericana. Bajo esta óptica, la estructura de *Bandidos, héroes y corruptos* refleja un universo personal que trasciende cualquier esquema y que posee el orden y la fuerza de un hombre indignado por la condición actual de su país, así como por la ligereza y falta de percepción de algunos de los llamados ‘críticos literarios’. Sin embargo, la indignación no se presenta aislada en este autor: siempre está acompañada de una pasión crítica, de una valoración alejada del maniqueísmo y la idealización, de una apropiación del espacio creado por la literatura, de la recreación y reflexión de lo vivido, porque la literatura es una forma de vida, a veces más verosímil que lo experimentado en carne propia. Debido a esta capacidad conciliadora tan añorada por Altamirano, el reciente libro de Rosado publicado por Ediciones Coyoacán, permite que sus lectores se introduzcan lentamente en cada una de las venas que nos comunican con un tiempo no tan distante: el siglo diecinueve mexicano, expresado a través de su literatura y actualizado por el escenario de ese teatro que es el México de hoy.

243

MARCELA SOLÍS-QUIROGA
Facultad de Filosofía
y Letras, UNAM